

apertura del proceso de beatificación. Sin embargo, el propio autor señala que el fin último de su obra, no es demostrar la santidad de doña María del Carmen Benavides y Mujica, ya que, si bien aquí se entregan importantes antecedentes, son las propias

autoridades eclesiásticas quienes deberán ahora continuar con la causa en estudio y dar en definitiva el parecer oficial de la Iglesia.

R. Moreno J.

C. TRESMONTANT, *El problema del alma*.
Barcelona 1974, 194 págs.

Aunque la primera edición en castellano de esta obra es de 1974, se puede decir que nunca como hoy el tema que expone su autor es de dramática vigencia y actualidad; en efecto, se constata en estos tiempos la existencia de variadas formas de indiferentismo religioso o de cuestionamiento crítico de temas que, en algunos casos, afectan la sana doctrina católica. Así ocurre con la noción de *alma* y de sus relaciones con el cuerpo, que para algunos pareciera ser un tema "caduco" y que habría que relegar al baúl de las antigüedades.

Un breve Prólogo inicia el libro (págs. 7-9); en él, el autor expone las causas de la complejidad del tema, que tienen que ver con los elementos míticos que envuelven abiertamente los orígenes de nociones como las de "Dios" y "alma", así como la evolución del pensamiento cristiano a partir de categorías hebreas. En efecto, quienes no gustan del vocablo "alma"

prefiriendo "psique" o "psiquismo" olvidan que estas últimas vienen del griego *psykhe* (o mejor: *psyké*), traducida al latín por *anima* y en nuestra lengua romance por *alma*. El autor confiesa que ha optado por utilizar el vocablo "alma" a pesar del inconveniente de utilizarlo en el título como de modo provocativo y esto, debido a que «nuestro trabajo no es una obra de psicología experimental, cuya legitimidad y actualidad todo el mundo reconoce, sino que es precisamente lo que más se detesta hoy día— un ensayo de *metafísica*, que estudia el alma en cuanto *substancia* y, lo que es el colmo, intenta analizar el problema de la inmortalidad» (pág. 8).

El libro se articula en dos grandes partes. La primera, titulada "Breve historia del problema", desarrolla un panorama histórico que incluye una amplia gama de tradiciones, doctrinas y sistemas de ideas en lo

atingente a la noción de alma y a sus relaciones con el cuerpo: entre los dieciocho temas analizados se incluye la doctrina de los Upanishad de India, el Orfismo, Maniqueísmo, PLATÓN, ARISTÓTELES, TOMÁS DE AQUINO y DESCARTES; no es casual que el autor dedique notoriamente más páginas al comentario de la doctrina acerca del alma en PLATÓN (seis páginas), en ARISTÓTELES (veinte páginas), en la *antropología hebrea* (seis páginas) y en DESCARTES (dieciséis páginas), pues su tesis para defender la substancialidad del alma -en la segunda parte del libro- se centra en el análisis de significativos textos aristotélicos del *De anima* y de la *Metafísica*, argumentando así contra los dualismos platónicos y cartesianos. El error de las antropologías dualistas, dice, «consiste en imaginarse que el "cuerpo" puede subsistir sin el alma, sin información, puesto que, según las mitologías órficas, el "alma" desciende dentro de un "cuerpo", que es como un vaso o una prisión. En realidad, si se hace el análisis correctamente, se ve enseguida que si no hay alma, si no hay principio de información, tampoco hay cuerpo. Habrá materia no informada, pero eso es muy distinto de lo que entendemos, de ordinario, por "cuerpo"» (pág. 37).

Estos comentarios en torno a la idea de "cuerpo" los combina el autor con la presentación y comentario de la antropología

hebrea, la que ignora la dualidad "cuerpo-alma", lo que, por lo demás, no significa que el pensamiento hebreo niegue la inmortalidad del alma; muy por el contrario, el autor hace referencia a las nociones hebreas de *basar*, *nefesh* y *ruaj*, íntimamente relacionadas entre sí y que reafirma por un lado, la unidad psicossomática indisociable que constituye el hombre, y, por otro lado, la dimensión sobrenatural tanto de *nefesh*, como principalmente de *ruaj*. De paso, recuerda que el término hebreo *basar* fue traducido al griego por *sarx*, al latín por *caro* y a nuestra lengua romance por *carne*, cometiéndose un error semejante al que afectó a la noción de *alma*. «Se cae en una gran ilusión y en un grave error cuando uno se imagina que se puede pasar de un universo de pensamiento a otro muy distinto, gracias a una simple correspondencia lingüística entre términos que, en realidad, no tienen el mismo significado. La ilusión consiste en creer que la analogía verbal, resultado simplemente de la traducción, expresa una analogía real. Supone bastante ingenuidad pensar que un término de la biblia hebrea, traducido al griego por *psykhe* y al latín por *ánima*, nos puede servir para discurrir acerca de lo que la Biblia considera como el *alma*, equiparando este término al empleado por Platón, Plotino o Descartes cuando estudian este problema» (pág. 54).

El desarrollo histórico de la primera parte tiene el gran valor de presentar al lector los principales hitos que marcan la azarosa marcha del pensamiento acerca del hombre, su esencia y su destino.

El panorama presentado en la primera parte sirve de base y pórtico a la segunda, titulada "Análisis del problema", que a su vez se articula en tres apartados: 1)- La substancialidad del alma; 2)- El problema de la inmortalidad del alma; 3)- El problema de la resurrección. Como puede apreciarse, el autor va al fondo del asunto, aventurándose incluso en las fronteras más lejanas de la filosofía, esto es, el inestable e impreciso terreno que separa la filosofía de la fe, como sucede tanto en el tema de la inmortalidad como, mucho más claramente, en el de la resurrección.

La substancialidad del alma la fundamenta TRESMONTANT en la noción de substancia transmitida por la *philosophia perennis* desde ARISTÓTELES hasta hoy, y que el autor encuentra subyacente incluso en textos muy significativos de científicos contemporáneos, principalmente biólogos, a los que cita abundantemente. «Observamos por estos textos (...) que los biólogos están de acuerdo en un punto fundamental, prácticamente expresado de la misma manera, aunque sus tendencias filosóficas sean distintas: *el ser vivo es un sistema, una estructura, una*

forma, que subsiste, aún cuando cada uno de los elementos materiales que la integran se renueve» (pág. 140; las cursivas son del autor).

Respecto al problema de la *inmortalidad* del alma, el autor señala que en la perspectiva judeo-cristiana este tema es particularmente complicado si se le compara con la doctrina de la inmortalidad en la tradición *órfica, pitagórica, platónica* y *gnóstica*, donde se enseña que el alma es divina por naturaleza, por tanto no sólo preexiste antes de su "descenso" al cuerpo, sino que su inmortalidad se proyecta a toda la eternidad; si se es divino por naturaleza, *se sabe* que se es inmortal. Por el contrario, en la tradición judeo-cristiana el alma no es divina por naturaleza, ha sido creada, es decir, no tiene por sí misma su propia existencia, por lo tanto, si ha habido un comienzo en su existir ¿cómo saber si continuará existiendo después de haber dejado de "informar" la materia con la que constituía un cuerpo? Para responder esta dramática pregunta, TRESMONTANT recurre, en primer lugar, a la noción de alma en cuanto *substancia*, argumentando de manera semejante a como lo hizo en el capítulo sobre la substancialidad; enseguida plantea que no se puede asegurar, *fundándonos exclusivamente en lo que es la naturaleza del alma*, que el don de la existencia será concedida aún después de la muerte, por tanto, «tenemos que

fundar nuestra esperanza en aquel de quien hemos recibido el ser, y de quien esperamos obtener para siempre el ser, la vida y la bienaventuranza» (pág. 174).

A quienes objeten que así está renunciando a una demostración filosófica de la inmortalidad del alma, cayendo en el fideísmo, responde: «no caemos en el fideísmo, porque creemos que el ateísmo es impensable y que, además, nunca ha sido verdaderamente pensado. Ciertamente ha sido profesado, proclamado a gritos (...), pero en verdad nunca ha sido sinceramente pensado de una manera coherente, habida cuenta de la realidad objetiva, es decir, mirando al mundo y todo lo que contiene» (pág. 174). Y añade: «La demostración de la inmortalidad del alma, que no puede establecerse (...) fundándose en la sola consideración del alma en sí misma, pasa por esta vertiente de nuestro razonamiento» (pág. 175).

Así, pues, nuestro autor no desarrolla de manera explícita una prueba ni una demostración, salvo la argumentación a partir de la substancialidad, sin embargo, queda muy claro al lector que TRESMONTAT acude al principio de finalidad para mostrar que «en presencia de los hechos naturales, es difícil negar, y creemos que nadie lo niega ya, que la evolución esté *orientada* en un sentido de creciente cefalización y de gradación ascendente del

psiquismo. Si ello es así, no podemos decir que la aventura creadora de la naturaleza sea *un absurdo*. Tampoco podremos decir que el hombre haya «caído en el mundo», o que haya sido «arrojado al mundo». El hombre no cae en el mundo, como la manzana no cae en el árbol. El hombre es el fruto de un largo trabajo, siempre orientado en el mismo sentido, y que ha supuesto un proceso de varios miles de millones de años» (pág. 176).

El capítulo tercero y último de la segunda parte está dedicado a estudiar el problema de la resurrección, tema que por su misma índole rebasa los límites de la filosofía; sin embargo, TRESMONTANT, después de analizar y comentar numerosos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, afirma que no es posible hacer exégesis sin hacer también filosofía, «porque si se pretende hacer exégesis científica sin hacer, al mismo tiempo, y quizás primeramente, el análisis de las nociones que nos salen al paso, se hará de todas maneras filosofía, pero no de una forma crítica. Se utilizarán nociones y esquemas filosóficos pertenecientes a una cultura, que parece segura, para abordar a continuación un texto, o una serie de textos, que pertenecen a otra cultura distinta» (pág. 194).

Gonzalo Ulloa R.